

“Que no es proceder villano,
 “Sino ántes un beneficio,
 “Evitar el sacrificio
 “De todos, y el de mi hermano?”

“¿Y abrigo tal pensamiento,
 “Yo, Rayon, yo, el insurgente?
 “¿Rompo el primero, demente
 “Mi sagrado juramento?
 “¿Este recinto sangriento,
 “No le dirá á la Nacion,
 “Un dia de redencion,
 “Con imponderable grito:
 “Huid del lugar maldito,
 “Que aquí traicionó Rayon?”

Y callaba, y con braveza,
 Y gemebundo, y sin habla,
 Daba golpes en la tabla
 Su atormentada cabeza.
 De pronto, y con extrañeza,
 Vió venir, poco distante,
 Una sombra, sombra errante:
 Se acerca duda se abisma;
 Es cierto es su madre misma
 La que está viendo delante.

Alta, pálida, terrible,
 Como aparecida en sueño;
 Ojo inmóvil, duro el ceño,
 Cual de mármol, insensible.
 Con acento imperceptible
 Le dijo: “Ramon, no llores:
 “Con tal que favor no implores,
 “Estarémos de concierto,
 “*Que yo quiero un hijo muerto,*
 “Y no dos hijos traidores.”

La vision desapareció,
 Y el héroe, recuperado,
 Con un pulso sosegado
 Tomó el papel y escribió:
 “No quise decidir yo,
 “Señor, de vuestros favores;
 “A mi madre, en mis dolores
 “Ví, y me dijo con acierto:
 “*Llorar quiero á un hijo muerto,*
 “*Y no á dos hijos traidores.*”

Y al saber esa respuesta
 En el Olimpo sagrado,
 Sonrieron *Guzman el Bueno*
 Y la madre de los Gracos.

SEGUNDO ROMANCE DE CÓPORO.

LA RIFA DE LA MUERTE.

(1817.)

Más negra que la fortuna
De los tristes insurgentes,
Es la noche pavorosa
Que está mirando mi mente,
Y á Cóporo se distingue,
Cual noble toro, que suele,
Herido en el vasto circo,
Orgullosa mantenerse,
Aunque sienta que la vida
Envuelta en su sangre riegue.
Silenciosas centinelas
De trecho en trecho aparecen,
Cual de macizos pilares
Haciendo toscos relieves.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FALFORDO DEYES
N.º 1075

De cuando en cuando se animan
 Y un flaco brazo se mueve,
 Dando el fusil en la tierra
 Para que sordo resuene,
 Y ronco el alerta diga
 Y exacto el alerta exprese.
 Es el silencio tan hondo,
 Que remeda el de la muerte;
 Y ni rumores lejanos
 Ni bullidoras corrientes,
 Ni el ladrar de can inquieto
 Hacen que el eco despierte.
 Las lumbradas moribundas
 En las cenizas perecen,
 O bien la cárdena llama
 De algun leño que se enciende,
 Alumbrando los semblantes
 De los que allí cerca duermen,
 Y que muertos insepultos
 Por lo extenuados parecen.
 Don Ramon Rayon, en tanto
 En su tienda permanece,
 Abrumado, silencioso,
 Sin esperanza y doliente.
 De saber el triste acaba,
 Que unos soldados y jefes
 Por capitular conspiran,
 Y proceder tan aleve

El corazon le destroza
 Y le barrena las sienes.
 Y es la situacion tan negra,
 Y el dolor es tan perenne,
 Y hace el hambre tal estrago,
 Que se le envidia al que muere,
 Y á quien con su propio llanto
 Logra el labio humedecerse.
 Sofocándole la pena,
 Aire codicia, aire quiere,
 Y se sale de su tienda,
 Porque enloquecerse teme.
 Cual sombra, el campo recorre,
 Cautamente avanza, y se detiene
 A orillas de precipicios
 Que aquella plaza guarnecen,
 Y que forman con las rocas
 Inaccesibles paredes.
 En una arruga que abriga
 Unos tulares agrestes,
 Oyó cual rumor siniestro,
 Que acento humano parece.
 Acércase sin ser visto,
 Paso y aliento contiene;
 Apénas se oyen las voces,
 Y son voces de mujeres.
 Se arrima, y escucha claro
 La discusion que mantienen

Cual quien escucha á sus plantas
 Víboras de cascabeles:
 Escuchemos lo que dicen,
 Aunque no pueda creerse.

“¡Oh! no es que cobardes esquiven la lucha,
 “¡Oh! no es que volubles no quieran sufrir,
 —Exclama el acento;—pero es que destroza
 “El alma, sin lucha, por hambre morir.”

“Y bien—otro acento con ira replica—
 “¿Verémos nosotras al fiero español
 “Triunfante, y aquellos que tiernas amamos,
 “Besando sus plantas sin patria ni honor?”

“Perezcan primero, primero incendiemos
 “El parque, primero muramos aquí;
 “Primero lanzados á mútua matanza
 “Salvemos nuestra honra con cruel frenesí.”

Y erguida muchacha de suelto cabello,
 De rostro de arcángel, de pálida tez,
 Con ojos que rayos despiden ardientes,
 Y acento que suena con raro poder:

“Rifemos las vidas, señale la suerté
 “Quién es de nosotras quien deba morir;
 “Sus miembros, sagaces cual vianda sirvamos,
 “Y así lograrémos el hambre extinguir.

“Seré la primera.”—Y entónces la llama
 De oculta lumbrada su rostro mostró,
 Augusto, terrible, feroz, dominante,
 Con todo el prestigio de maga vision.

Aquel pensamiento se acoge entusiasta:
 “Juremos Juramos—el eco repite—
 En ser la primera cada una compite
 “¿Mañana?” Mañana funesto gimió

Volvió espantado á su tienda
 Rayon, miró sus papeles,
 Y anudó contestaciones
 Que ántes rechazó valiente,
 Y que de Cóporo altivo
 Determinaron la suerte
 Despues traidor le llamaron
 Hombres villanos y alevés
 Al mirar sobre sus canas
 La corona de los héroes.

ROMANCE DE LA MUERTE DEL GIRO.

(1819.)

Aquel Giro temerario
De los serviles azote,
Al embestir, cual torrente,
Y en la resistencia bronce;
Aquel adalid tremendo
Que en las batallas atroces
Giraba cual las gaviotas
Al soplar los recios nortes;
Aquel de quien dijo el pueblo
Rebosando de emociones:
"Para este no nació gallo;
"Donde él pinta no hay quien borre,
"Es la flor de los valientes
"Y el orgullo de los hombres;"
Éste, tras duras derrotas
Y de infortunios sin nombre,

Huyendo de Bustamante
 Y de sus huestes feroces.
 En la profunda barranca
 De *Laborcilla* ocultóse,
 Que es de Santa Cruz vecina
 Y que muy pocos conocen.
 Forman la barranca horrenda
 Quiebras y piedras enormes,
 Y un torrente sus entrañas
 Con sordo rumor recorre.
 Allí don José Castillo,
 Que es alférez de dragones,
 Encontróse con el Giro,
 Y allí la lucha trabóse.
 Era Castillo esforzado,
 Alto, fuerte como el roble,
 Extremado cual ginete,
 Y en las armas de renombre.
 El Giro es un indio altivo,
 De triste y humilde porte,
 Pero en sus ojos se advierte
 La llama de los leones,
 Y en su *cuaco* se transforma
 En terrible y en feroce.
 Se acometen con la espada
 Luego que se reconocen,
 Y al chocarse formidables
 Ambos aceros se rompen.

Revuélvense los corceles,
 Iracundos y veloces,
 Al borde de los abismos
 Que miedo en las almas ponen,
 Y de las agudas lanzas
 La sangre abundante corre.
 El prieto que monta el Giro
 Un instante resbalóse;
 Eso aprovecha Castillo,
 Y asestando un fuerte golpe,
 Sepulta al Giro su lanza
 Hasta cerca de los topes.
 Al verlo tendido en tierra
 Fué á llamar á sus dragones;
 Miétras el Giro relucha,
 La horrenda lanza zafóse,
 Y á su contrario provoca
 Con muy iracundas voces.
 De nuevo torna Castillo;
 La lid de nuevo empeñóse;
 El Giro está agonizante,
 Pero de pronto incorpórase,
 Y al implacable contrario
 Fiero el pecho atravésóle.
 Los soldados, que esto vieron,
 Dan al Giro alevés golpes,
 Gritando: "ríndete, infame;"
 Pero el Giro les responde:

“ ¡Que viva la Independencia!”
Al morir, como los hombres.
Disponen que su cabeza
A Salamanca trasporten,
Donde vió la luz primera
Este patriota sin nombre,
Cuya fama y cuyos hechos
Decir debieran los bronces.



EL GENERAL D. VICENTE GUERRERO.

*Copiado de un retrato hecho por el pintor frances Paris en 1822
y que posee el General Don Vicente Riva-Palacio.*

ROMANCE DE GUERRERO ÚLTIMO INSURGENTE.

(1817.)

Cual sucumben los estribos
En la reforzada presa
Al empuje de los carros
Que al embestir se sacuden,
Lo que queda en pie minando
Y escurriendo por sus grietas;
O como riegan el suelo
Los gigantes de la selva
Al derribarlos el viento,
Desparramando la yerba;
Así se mira á los libres,
Tal sus canchales se contemplan
Llamando por los serviles
Al estrago y la miseria.
Veinte años no cuenta el siglo
Que hoy caduco nos alienta.



EL GENERAL D. VICENTE GUERRERO.

*Copiado de un retrato hecho por el pintor francés Paris en 1822
y que posee el General Don Vicente Riva-Palacio.*

ROMANCE DE GUERRERO ÚLTIMO INSURGENTE.

(1817.)

Cual sucumben los estribos
De la reforzada presa
Al empuje de las aguas
Que al embestirla se estrellan,
Lo que queda en pié minando
Y escurriendo por sus grietas;
O como riegan el suelo
Los gigantes de la selva
Al derribarlos el viento,
Desparramando la yerba;
Así se mira á los libres,
Tal sus campos se contemplan,
Llamando por los serviles
Al estrago y la miseria.
Veinte años no cuenta el siglo
Que hoy caduco nos alienta,

Y ocho sangre de patriotas
 Bebió implacable la guerra.
 Apodaca, afortunado,
 Como íris de paz ostenta
 La bandera de la España
 Empapada en sangre nuestra,
 Y con los lauros del héroe
 Los verdugos se pasean.
 Y sólo uno, un solo punto
 Surge como una protesta
 Contra la ciega fortuna
 Y en pro de la independencía.
 Como de inundado valle
 En la accidentada cuenca,
 Grande, impasible, robusta
 Se levanta una eminencia
 Brindando asilo á los hombres
 Que valerosos intentan
 Dominar á los torrentes,
 Aunque en la lucha perezcan.
 Y el héroe que en ese fuerte
 Tiene en alto la bandera,
 Emblema de la esperanza
 Y de nuestra gloria emblema;
 El que en medio del conflicto
 Mantiene alta su cabeza,
 Coronada de esperanzas
 Que como astros reverberan,

Es el inmortal Guerrero,
 El del Sur flor y presea,
 El leon en las batallas,
 El clemente despues de ellas,
 El grande entre todos grande
 Por su constancia y modestia.
 Si el infortunio le ensalza,
 Le engrandece la miseria;
 Y cuando alumbra de su alma
 La imponderable grandeza,
 El odio mismo enmudece,
 La calumnia le respeta,
 Y el Virey siente humillada
 De su raza la soberbia.
 ¡Oh! que no se extinga el faro
 Que su diva luz proyecta
 Sobre las revueltas olas
 En medio á la mar inmensa.
 ¡Oh! que no se hunda esa tabla
 Juguete de las tormentas
 En que están nuestros penates
 Expulsados de la tierra.
 Unas veces la derrota
 La corta legion dispersa;
 Otras la reúne animosa
 Y de gloria reverbera
 ¡Guerrero . . . Guerrero ilustre,
 Dios tus esfuerzos sostenga!

Nave en que nuestros derechos
 Custodia la Providencia,
 ¡Dios te dé seguro puerto
 En borrasca tan deshecha!
 Y el héroe, impávido, solo,
 Con los suyos se presenta,
 Cual promontorio de rocas
 Que en medio á la mar se ostenta
 Burlando los huracanes,
 Desafiando las tormentas.
 Tu aislamiento será gloria,
 Y gloria que no perezca,
 Cuando el *único* la Historia
 Te señale justiciera.

ROMANCE DE D. PEDRO GUERRERO.

I

Por la accidentada orilla
 Del inconstante Mexcala,
 De sombras llena la frente
 Y de dudas llena el alma,
 Marcha don Pedro Guerrero,
 Que la Capital dejaba
 Por la mision importante
 Que recibió de Apodaca
 De que convirtiera á su hijo
 A la causa de su patria,
 Ofreciéndole tesoros,
 Honores y bienandanza.
 Como al Rey se sometiese,
 Como dejara las armas.
 Era don Pedro un anciano
 Venerable y de noble alma;